

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

Un regalo cada mes.

INSTRUCCION.—RECREO.—UTILIDAD.

Jugadas á la lotería.

SUMARIO.—Apuntes biográficos, por M. J. Ruiz.—La Primavera, por el mismo.—Horizontes, por M. R.—El último adiós, poesía, por Joaquin Barazona y Candan.—Al reloj, soneto, por José Marco.—Rosa María, por Francisco de Asis Pacheco.—Miscelánea.—Efemérides.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

LA SEÑORITA DOÑA ARSENIA VELASCO.

El teatro Principal de Córdoba acaba de ser la puerta, si se nos permite el uso de esta frase vulgar, por donde una joven alumna de Euterpe ha entrado, llena de fé y acariciando justificadas esperanzas, en la difícil senda del arte.

Su primer paso en ella le ha valido una entusiasta ovacion; y este triunfo, que augura los más brillantes que le esperan en la espinosa carrera que, arrastrada por su vocacion, ha inaugurado, disipando las brumas que antes de alcanzarlo ocultaban á sus ojos los dilatados horizontes de su brillante porvenir.

La señorita doña Arsenia Velasco, que es la joven y simpática artista á que nos referimos, aparece en la escena española rodeada del avasallador prestigio que dan á cuantos rinden culto al arte, la aplicacion y el talento.

Tal es la recomendacion; tales los títulos con que ha venido á presentarse ante el inteligente público de Córdoba la joven contralto de la compañía de ópera italiana que actúa en nuestro antiguo coliseo. El público ha sido recto é imparcial, y apreciando en todo su valor esa recomendacion y esos títulos, ha saludado á la artista con cariñoso entusiasmo por ver en ella un nuevo astro destinado sin duda á irradiar purísima luz en el esplendente cielo del arte.

La señorita doña Arsenia Velasco nació en Cuenca el día 31 de Agosto de 1845, á la sazón que su padre, don José Velasco, hallábase de músico mayor en el provincial de Ciudad-Real. Fueron sus padrinos la señora del ayudante del mismo cuerpo y don Fermin Sanchez, profesor de música á las órdenes de su padre. Este tiene medalla de los primeros exámenes celebrados en el real Conservatorio de Madrid y título de maestro de música expedido por la sociedad de Santa Cecilia de Roma.

Desde sus más tiernos años Arsenia manifestó tener una afición decidida á la música; afición que creció á par de ella alentada por el perseverante estímulo que la prestaba su padre, competente apreciador, por sus especiales conocimientos, de las facultades artísticas que comenzaba á revelar la joven Arsenia.

Natural era, pues, que tratase aquel de cultivar y desarrollar las felices disposiciones que ésta demostraba, con cuyo objeto la hizo ingresar en el real Conservatorio de

Música y Declamacion niña aún, puesto que en la época en que tuvo lugar su ingreso en aquella escuela no contaba todavía once años de edad.

Pudiéramos estendernos en la prolija narracion de los rápidos progresos que hizo la señorita Velasco en aquel templo del arte; pero queriendo no hacer difuso este artículo y evitar á la vez el que se nos pueda tachar de exagerados, vamos á transcribir un documento que dice más en favor de aquella que cuanto pudieran espresar nuestras pobres pero sinceras palabras.

El documento á que nos referimos está concebido en estos términos:

«DIRECCION DEL REAL CONSERVATORIO.

DE MÚSICA Y DECLAMACION.

D. Justo Moré, secretario del real conservatorio de Música y Declamacion,

Certifico: Que doña Arsenia Velasco ingresó en esta escuela en Setiembre de 1856, habiendo obtenido en los exámenes generales de las diferentes asignaturas que ha cursado durante su carrera, las más brillantes notas: que obtuvo por oposicion, en Diciembre de 1863, una plaza de alumna *pensionada de canto*, con el haber anual de trescientos escudos, los cuales ha venido disfrutando hasta la terminacion, de sus estudios: que fué premiada con el *Accésit de solfeo*, en los concursos públicos de 1861; con el *Accésit de canto*, en los de 1863; con el *Segundo premio de canto*, en los de 1864; con el *Accésit de declamacion*, en los de 1865; y finalmente, que obtuvo el *Primer premio de canto*, en los concursos públicos de 1866.

Y para que lo haga constar donde le convenga, extiendo la presente con el V.º B.º del Director de la parte musical, en Madrid á 29 de Enero de 1867.—Justo Moré.—V.º B.º: El Director, *Hilarion Eslava*.»

Después de transcribir el anterior documento seria pálido cuanto decir pudiéramos en justo elogio de las notables facultades de la señorita Velasco. Juzgadas éstas por diversos tribunales y diferentes personas, muy competentes todas, como no pueden menos de serlo las que son llamadas á componer el jurado, fuerza es reconocer que no se alcanzan estos triunfos sin talento ni aplicacion, que no se conceden tantos premios á quien no tiene méritos para merecerlos.

Nosotros, que saludamos al genio allí donde lo encontramos; que entusiastas por el arte consideramos como un deber el alentar á cuantos con verdadera vocacion se consagran á su culto; que queremos que el estímulo contribuya en parte á arrancar al arte de la postracion en que yace en España, no vacilamos en arrojar esta modesta pero merecida flor en la senda que ahora empieza á recorrer la señorita Velasco y en la que, á juicio de personas más autorizadas que nosotros en la materia, le esperan brillantes triunfos si continúa cultivando sus grandes facultades de artista.

Orsini, en *Lucrezia*, y Leonor de Guzman, en *La Favorita*, son los personajes que hasta ahora ha caracterizado la señorita Velasco con éxito tan brillante, que si á su indisputable talento no uniese la modestia, debería ciertamente envanecerle. Naturalidad en la parte mímica; pureza, frescura y estension en la voz, y un excelente estilo de frasear, son las cualidades que más resaltan en la joven contralto.

Ni una palabra más en su elogio, porque el verdadero talento no ha menester de ajenas recomendaciones: él mismo se recomienda.

Damos el más cordial parabien á la señorita doña Arsenia Velasco por los merecidos y honrosos triunfos que ha alcanzado al dar su primer paso en la escena; triunfos que no solo deciden su porvenir, sino que son un feliz presagio de los más brillantes que indudablemente le esperan en su carrera artística.

M. J. Ruiz.

LA PRIMAVERA.

I.

La melancólica estacion de las nieves ha pasado.

Los campos, tristes ha poco, truecan su mortaja de amarillentas hojas por un manto de esmeralda.

Los árboles, que se ostentaban á nuestra vista como descarnados esqueletos, engalánanse con verde ropaje, en señal de júbilo por la resurreccion de la naturaleza.

La leda golondrina, esa gentil viajera que cruzando rápida la estension de los hirvientes mares, viene uno y otro año á pedirnos cariñosa hospitalidad, ha vuelto á cantar sus amores bajo el techo de nuestro hogar.

El cielo, ese espacio inconmensurable por donde giran los astros, que sirven de alfombra á Dios, ha roto en girones el sudario de cárdenas nubes en que, á semejanza de un cádaver, se envolvía, para vestirse el espléndido manto azul con que debió brotar del caos en el día de la creacion.

Las flores, esmaltando el verde tapiz de las praderas, abren su perfumado cáliz al voluptuoso beso de las suavísimas auras, que impregnadas de aromas vienen á acariciar nuestra frente y á modular en nuestro oído armonías indefinibles.

Las bullidoras fuentes desatan sobre el húmedo césped sus cristalinas y espumosas linfas, y semejantes á serpientes de plata retuércense en caprichosos giros, salpicando de perlas las delicadas hojas de las flores que en sus cristales se retratan y aumentando con su suavísimo murmurio los mis-

teriosos rumores de los bosques y las praderas.

Y trina el ruiseñor entre la verde fronda; y arrullan melancólicamente las palomas; y el luminar del día, inmensa hoguera que Dios ha colocado en el centro de los mundos que pueblan el vacío, derrama sobre la tierra luz mas intensa y mas ardiente, como si pretendiera reanimar el cadáver de la naturaleza....

Y todo, por qué?

Porque coronada de azahares y desparciendo sobre el mundo luz y armonías, auras y flores, se nos ha mostrado, hermosa como un sueño de poeta, esa ninfa gentil que incita á los placeres, esa musa de los amores que se llama la *Primavera*.

¡Bien venida la graciosa viajera á cuya presencia despierta la naturaleza de su sueño de muerte!....

II.

Y, sin embargo, mi corazón no renace!

Parame desierto, ni aun el fecundo sol de la primavera derrite con su calor la nieve que han comenzado á dejar en él los años, esos ingratos amigos que nos abandonan para siempre.

Playa solitaria combatida constantemente por el oleaje de los recuerdos, háse secado en ella el árbol de la esperanza, entre cuyas hojas, verdes ayer y amarillas hoy, no vienen ya á posarse las ilusiones, esas misteriosas aves que se alejan de aquellas apenas ruge la tempestad de los desengaños, para ir á buscar playas mas serenas donde dejar oír sus trinos embelesadores....

¡Por qué no ha de tornar la primavera del corazón, como torna la primavera de los campos?

¡Por qué renacen las flores en las praderas y no han de renacer en el corazón las ilusiones?

¡Misterio impenetrable!

Las estaciones se suceden unas á otras en la interminable cadena de las edades, en el constante hervidero de los tiempos, sin que los siglos alteren ó modifiquen esa misteriosa é inmutable ley de armonía por que se rige la naturaleza.

Las estaciones de la vida no se reproducen. Niñez, juventud, virilidad, decrepitud: ¡hé ahí la escala por la que el hombre asciende una sola vez para ir á despeñarse en el oscuro abismo del no ser!

¡Ley fatal que hace desaparecer á las generaciones empujadas por otras generaciones!

El planeta en que habitamos gira y vuelve á girar dentro de la órbita que el Creador le trazara, y de ahí la sucesiva reproducción de las estaciones!

¡La línea fatal que se extiende desde la cuna al sepulcro sola una vez la recorre el hombre! ¡Hé ahí por qué no se reproducen las estaciones de la vida!....

Primavera de los campos, estación de las brisas y los perfumes, ¡bien venida seas!

Primavera de mi vida, estación del amor y los placeres, ¿por qué te has ido?

M. J. Ruiz.

HORIZONTES.

SOÑEMOS.

1.

Huirá la juventud, y la vejez llamará

con descarnada mano á la puerta de nuestra existencia; entónces recorreremos y á la luz de un solo pensamiento, de una sonrisa indefinible, el solitario nido, la reposada isla de nuestros secretos amores....

Acaso separados un día tenderemos la vista por la irriante longitud de los horizontes... ¡ah! yo te veré envuelta entre las impalpables sombras del crepúsculo; mi voz llegará á tu oído en el lenguaje perfumado del céfiro y la flor.

¡Élia! yo he leído en el dorado libro de tus impresiones primeras.

¡Élia! tú me amas.

¡Élia! tú eres el aire que respiro, tú mi esperanza única, la idea que me agita, el pensamiento que abrasa mi frente.

II.

El sonido de la campana ha rasgado melancólico, los delicados pliegues del viento.

La luna fijó su mirada última sobre las flores de mi ventana.

Mis frescas flores absorben agradecidas, las transparentes gotas del rocío.

¡Oh! ¡y cuánto te amo!....

¡Por qué tan escéptico yo, si tan inocente eres tú!....

Y mis lábios dijeron ¡Élia!

Y las áuras han repetido tu nombre.

Y los lagos rizaron conmovidos sus preciosos cristales.

Y un dulce presentimiento cubrió de siempre-vivas amables, de risueñas esperanzas y adorados latidos, éste incorpóreo paraíso donde sosiega tu amor.

¡Élia! un mismo sentimiento unió nuestras almas.

Sea un sentimiento mismo, la historia de nuestras futuras inclinaciones.

M. R.

POESÍAS.

EL ÚLTIMO ADIOS.

De Isabel y de Fernando
los pendones victoriosos
que se ostentan orgullosos
sobre la Alhambra ondeando,
publican bellos y ufanos,
cubiertos de inmensa gloria,
la señalada victoria
de los nobles castellanos.
Y sobre el blanco turbante
de la morisca Granada,
esa ciudad encantada
del Darro perla brillante,
la santa Cruz ya se mira
que es enseña del cristiano
y al pecho mas inhumano
profundo respeto inspira.
Y allí, dó fieros ultrajes

há poco se prodigaban
y encarnizados luchaban
Zegries y Abencerrajes,
pues en contienda civil
el pueblo moro empeñado,
con su sangre hubo manchado
mas de una vez el Genil;
donde esclava la mujer,
de oprobio y perlas sus sienes
cubiertas, en los harenes
brindára torpe placer,
agitándose ligera
en la danza deliciosa
y doblándose graciosa
como flexible palmera;
allí los fuertes soldados
se encuentran ya de Castilla,
cuya gloria eterna brilla
por su hechos denodados.

Y en vez de turba sangrienta
de musulmanes sombríos,
de cuyos terribles brios
tanta barbarie se cuenta;
en vez de alfanjes cortantes
y de blancos alquiceles,
de temerarios Gomeles
ceñidos con sus turbantes,
se ven gallardos guerreros
vestidos con ricos trajes,
que seguidos por sus pajes
montan caballos ligeros.

Todo en la hermosa Granada,
ciudad de bellezas miles,
por seductores pensiles
y cármes rodeada,
todo respira alegría,
grande júbilo y placer,
desde que ya deja ver
su luz el risueño día,
hasta que el sol lentamente
del alto zenit bajando,
poco á poco vá ocultando
en el ocaso su frente.

Mas ¡ay! en tanto que ella
ostenta sobre el turbante
nuestra santa Cruz triunfante,
que vivo fulgor destella,
sumido en amargo duelo
que esconde triste en su alma,
sin paz se aleja y sin calma
de aquel encantado suelo
Boabdil, el mísero rey
que impotente y depravado,
á Fernando hubo entregado
como un rebaño su grey.
¡Si! devorado de penas
que le acibaran la dicha
y dejando en la desdicha
á su pueblo entre cadenas;
la púrpura destrozada,
la corona envilecida,
y para siempre perdida
su rica y bella Granada;
de luto lleno su pecho,
que no hay dolor que no aflija,
se vá con su madre Ahija,
ciego de rabia y despecho,

hacia el oscuro rincón
 (todo un sueño le parece)
 que la Alpujarra le ofrece
 en vez de régia mansion.
 Que así los bienes mundanos
 y las brillantes victorias;
 las mil quiméricas glorias
 con que vivimos ufanos,
 en un instante se van
 en pos de la infausta suerte,
 cual hojas que arrastra el fuerte
 y embravecido huracán.
 Pero el pobre rey vencido
 que se aleja con presteza,
 por medio de la aspereza,
 del pátrio suelo querido,
 dejando atrás sus vasallos,
 su Albaycin y sus placeres
 y las graciosas mujeres
 de sus lujosos serrallos,
 al trepar á una eminencia
 desde la cual se veía
 la hermosa ciudad que un día
 hizo feliz su existencia,
 por última vez fijó
 la triste mirada en ella,
 y como á Odalisca bella
 absorto la contempló.
 Y al ver sus torres gigantes
 elevarse en los espacios
 y los mágicos palacios
 que la adornan arrogantes;
 al contemplar la llanura
 de su vega deliciosa,
 cubierta siempre de hermosa
 y encantadora verdura,
 por un momento olvidando
 sus crueles sinsabores
 y los amargos dolores
 que lo están martirizando,
 de su pecho siente huir
 la negra melancolía
 y un destello de alegría
 en él comienza á lucir.
 Mas luego al fijar los ojos
 en la Alhambra suntuosa,
 que reflejaba orgullosa
 del sol los fulgores rojos,
 los católicos pendones
 de Isabel y de Fernando
 vé sobre ella ondeando
 con sus barras y leones.
 Triste entonces y abatido
 su vista clava en el suelo
 y en el mayor desconsuelo
 el infeliz sumergido,
 cual si fueran anchas fuentes
 sus ojos, de ellos salieron
 lágrimas mil que corrieron
 por sus mejillas, ardientes.

— ¡Llora cual débil muger
 y mancha así mas tu nombre,
 ya que débil, como hombre
 no has sabido defender
 con el alfanje en la mano,
 hasta perder ¡ay! la vida,
 esa ciudad tan querida

que tú rendiste al cristiano!

Dijo su madre: y los dos,
 al proseguir la jornada,
 á su patria idolatrada
 le dán el último adios.

Joaquin Barazona y Candán.

AL RELOJ.

Jamás pude seguir indiferente
 Tu monótono curso ni un momento,
 Ni observar tu incesante movimiento
 Sin anublarse mi serena frente.

Jamás miré una cifra solamente
 En esa cifra que señalas lento
 Y con sonora voz lanzas al viento,
 Como un alerta á la engañada gente.

Ella la dicha y el dolor aduna,
 Y cual fria verdad, que eterna luce,
 Me hace ver, por mi mal ó mi fortuna,
 En cada golpe que tu andar produce,
 Un paso que me aleja de la cuna,
 Un paso que al sepulcro me conduce.

José Marco.

ROSA MARIA,

POR

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

(Continuacion.)

II.

No lejos de las moradas de las dos familias que hemos presentado, habia una elegante quinta edificada sobre las ruinas de, un castillo que en lo antiguo perteneciera á los Normandos y que en la época á que nos referimos era conocido con el poético nombre de *La Flora*.

La habitaba un noble italiano.

Giacomo de Campo-Falero, conde de San Telmo.

Jóven de carácter procaz, altivo, cruel, y sobre todo, lo á que á nuestra manera de ver no es un gran pecado, enamorado habia nacido de una pobre familia de Saint-Jeoir, departamento del Haute-Savoie, en Francia.

Su padre era buhonero, y á menudo hacia algunos viajes á Italia para vender sus mecrancias.

Giacomo, que no se llamaba de este modo, sino Luis, siguió á su padre en algunos de estos viajes y habiéndose muerto este, tomó él, el manejo de la hacienda.

Tal maña se dió en poco tiempo que se hizo capitalista, compró nombre y título y se retiró á Palermo.

Giacomo se casó con una noble y rica dama de esta ciudad, y algunos años des-

pues de este enlace empieza nuestra narracion.

Ambos esposos habitaban la quinta La Flora.

El día que comienza el cuento que, bella lectora, tienes bajo tus lindos ojos, el señor Giacomo estaba cazando en un monte cercano.

Serian las ocho y media de la mañana.

El sol, hermoso y luciente, se hallaba en medio de aquel cielo tan azulado.

Como á dos tiros de bala de la morada del anciano Pietro caminaba una jóven por una estrecha senda que conducia á un pequeño pueblecito que se llama Z.*** situado á orillas de un pequeño rio.

Era, ó á lo menos parecia ser, una de las labradoras de la comarca que como esta venian á él á vender la leche, producto que le ofrecia su pequeño ó numeroso rebaño.

La jóven caminaba velozmente.

El peso del cántaro que llevaba colocado sobre su cabeza no la hacia perder el equilibrio.

Pensativa marchaba la jóven y no observaba que un caballero de rico porte, vestido de cazador, y montado en un poderoso caballo español la seguia á larga distancia.

Rosa Maria, pues tal era la jóven, no tenia pensamiento mas que para Paolo; pensando en él, distraida, no notaba siquiera que iba adelantando por el camino y que ya le quedaba poco para llegar á el punto á donde iba á cambiar por unas cuantas *liras* (1) el producto de su ganado,

Adelantando terreno cada vez mas y el caballero siguiéndola, doblaron ambos un recodo que forma el camino como á medio tiro de cañon de Z.***

La jóven prosiguió su marcha.

El caballero la siguió.

Un mugido fuerte dado cerca de nuestros paseantes hizo que Rosa Maria se parase y dirigiese la vista en todos sentidos á fin de averiguar la causa que lo habia motivado.

El caballero, á quien, desde ahora daremos el nombre de Giacomo, se detuvo tambien.

La jóven miró y lanzó un grito.

Un toro escapado se dirigia hácia ella.

Rosa con una prontitud y ligereza envidiables, dejando caer el cántaro, tomó direccion contraria á la que llevaba y escapó dando gritos y pidiendo socorro.

El toro siguió detrás de la bella campesina.

El caballo del jóven que seguia tras ella, espantado á la caída del cántaro, retrocedió.

El ginete desesperado viendo el peligro inminente de la jóven, soltando los estribos dió un salto del caballo al suelo y em-

(1) Lira, moneda del pais equivalente á 3 reales y 27 maravedises: 20 hacen una pezza.

prendió veloz carrera en direccion al toro.

Entretanto, Rosa, fatigada no solo por lo precipitado de su fuga sino tambien por el terror, se sentia desfallecer, se sentia morir; veia al toro colérico tras ella, veia á Paolo, á sus padres, y la jóven corria, corrial....

Era imposible salvarsel...

El toro estaba ya encima, ya la pisaba, ya la púdica doncella sentia el aliento de la terrible fiera que empañaba su rostro virginal! ¡Ya...!

Una fuerte detonacion enviaba mortal plomo que alojándose en la testuz del toro le hacia caer, al mismo tiempo que la doncella no pudiendo sufrir una emocion tan violenta, rodaba desmayada sobre la verde alfombra que tapizaba aquella parte del valle.

El caballero llegó al sitio donde la jóven yacia sin sentido.

Se detuvo un momento á contemplar aquella hermosura,

Arrobado, extasiado con la presencia de tal conjunto de beldades, de perfecciones, no pudo menos de exclamar con un acento indefinible:

—¡Qué hermosa es!...

En aquel instante el anciano Pietro volvia el reódo que en otro lugar hemos mencionado.

Giacomo lo vió antes que Pietro se apercibiera de la situacion y poniendo las manos en forma de trompa empezó á gritar:

—¡Eh! Pietro, aldeano, venid, buen hombre.

Pietro echó á andar tan apriesa como sus piernas se lo permitian hácia el lugar de la catástrofe.

El cuerpo del toro cubria á los ojos del anciano completamente el de su desdichada hija.

Pietro se acercó, la vió, la contempló un momento y se arrojó llorando hácia ella, exclamando:

—¡Hija mia! ¡Ha muerto!...

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

Hoy tenemos la satisfaccion de añadir un nombre, ventajosamente conocido en la república de las letras, á la lista de nuestros apreciables colaboradores. Este nombre es el de nuestro querido amigo el fecundo poeta don Antonio Alcalde Valladares, tan justamente apreciado en esta capital no solo por su talento, sino por sus excelentes prendas de carácter. Agradecemos al señor Alcalde Valladares la galante y espontánea cooperacion que nos ofrece y que apreciamos en todo lo que vale.

Saludamos fraternalmente á nuestro colega *El Año*, ilustrado periódico literario

que se publica en la corte, y le agradecemos los buenos deseos que espresa respecto á nosotros en su número correspondiente al dia 17 del actual, por mas que los juzguemos irrealizables.

Porque las Musas inquietas desde sus altas regiones brindan *muchas* desazones, pero dan *pocas* pesetas.

Como la ópera es en Córdoba fruta muy rara, el teatro Principal se vé algo mas animado que suele estarlo de ordinario. Y eso que los precios de las localidades están en íntimo coloquio con las estrellas y el dinero escasea en los bolsillos.

Con el título de *Amapolas*, ha coleccionado en un tomo el señor Carreras y Gonzalez varios de sus trabajos literarios. Acompaña á este libro un prólogo del distinguido literato zaragozano señor don Gerónimo Borao. Recomendamos á nuestros abonados el nuevo libro del señor Carreras y Gonzalez.

Mi alma es la mosca, tu amor la araña:
Yo soy el niño, tu madre el bú;
Yo el pez incauto, que el cebo engaña;
El celo tú.

Navegando una señora muy delicada y bonita en compañía de un filósofo muy gordo, sobrevino tan terrible borrasca que llegó á temerse un naufragio.

—Vamos á ser pasto de los peces, dijo el filósofo.

—¿Y á quién se comerán primero? preguntó la señora: ¿á V. ó á mí?

—Eso va en gustos, respondió el otro. Los glotones á mí: los golosos á V.

La siguiente definicion del matrimonio, hecha por un poeta, la conocemos hace tiempo sin que podamos decir de quién es:

El hombre con la mujer
se une en eterno enlace,
por no saber lo que se hace
ó por no saber qué hacer.

Es un nudo el matrimonio
que hiere á los dos que junta,
porque de una y otra punta
tira y aprieta el demonio.

Empieza luego á cansarse,
ó afloja la mano izquierda,
y entonces queda la cuerda
para que puedan ahorcarse.

El jueves se ha puesto por fin á la venta en Madrid el *Album de un loco*, coleccion de poesias de don José Zorrilla. El nombre del autor de este libro es el mayor elogio que de él puede hacerse. Nadie en España deja de saber de memoria largas tiradas de versos del popular autor de *Sancho Garcia* y de *Margarita la Tornera*. Y si al indisputable mérito literario de la obra se añade el aliciente de una edicion tan lujosa y esmerada como la que el Sr. Gullon ha hecho de ella, no vacilamos en asegurar á esta publicacion un éxito tan brillante como merecido.

Cuando una chocolaterase acerca al fuego, el chocolate hierve y crece; cuando un enamorado se acerca al objeto de sus anhelos, siente dentro del pecho esa chocolateras.

La esperanza es una cuerda á la que se

agarra todo el que tropieza, para no romperse las narices.

La sonrisa de una mujer es como una sangria: si se hace á tiempo sana al enfermo y sino *requiescant in pace*.

La mujer es una cocinilla económica; el que la sabe gobernar come bien y barato, y el que nó se queda sin comer.

Album de un loco llama Zorrilla
Al nuevo libro que ha dado á luz.
Ser yo quisiera, vate querido,
Loco cual tú.

Pensamientos.—Una marisabidilla, es una calamidad con buenas formas.

Mas daños puede producir un mal libro, que la peste.

Una muger coqueta es un pavo real con faldas.

Las mugeres pintadas son como las decoraciones de teatro, que vistas de léjos hacen efecto.

La mayor parte de la hermosura de la muger se halla en los almacenes de comercio.

EFEMÉRIDES.

Dia 25 de Marzo.—1453 Nace en Búrgos el célebre doctor don Pedro Fernandez de Villegas, que hizo una traduccion en verso y comentario en prosa de los 24 primeros cantos del Dante.

Dia 26.—1700 Luis XIV de Francia acepta el testamento otorgado á favor del duque de Anjou, que habia sido proclamado rey de España con el nombre de Felipe V.

Dia 27.—1334 Los moros entregan la ciudad de Algeciras, en la que entra solemnemente el rey don Alonso XI.

Dia 28.—1529 El papa Clemente VII hace un tratado secreto con el rey Francisco I, los Cantones suizos y las repúblicas de Venecia y de Florencia, para arrojar de Italia á los españoles.

Dia 29.—1317 La hermandad de ricos-hombres, caballeros, escuderos y hombres buenos de Castilla, formada en Búrgos, presentan un cuaderno de peticiones á los tutores del rey don Alonso XI.

Dia 30.—1539 Ciérranse las ruidosas Córtes que se abrieron en Toledo el dia 1.º de Noviembre de 1538.

1713.—Conclúyese un tratado de paz entre España y la Gran Bretaña, por el que la primera cede á la segunda Gibraltar y Puerto Mahon con toda la isla de Menorca.

Dia 31.—1369. Depósitase en la iglesia de Santiago de la villa de Alcocer el cádaver del rey don Pedro de Castilla, muerto el dia 23 en el castillo de Montiel, despues de la derrota que le causó su hermano don Enrique.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.
Imprenta de EL GUADALQUIVIR, Pescadores, 17.